

sabían la verdad, «no dejaban de considerar que el rey de España debiera haber concebido en su alma un cruel desden hácia los franceses (1).» En cuanto á Saint Gouard, su situacion en Madrid llegó á ser humillante, cuando llegaron las noticias de la victoria de Santa Cruz sobre nuestra escuadra y nuestra infantería. «No pueden soportarse las fanfarronadas é insolencias de esta gente de por acá desde que corre esta noticia; me parece que Jesus no está seguro en el cielo y que está en peligro de que vayan á prenderlo para crucificarlo otra vez. En cuanto al saqueo de París, lo tienen tan seguro como el de Lisboa» (2).

Tassis era más modesto en París; confesaba que los franceses no habían perdido más que tres navíos, y que su derrota fué debida á la precipitacion de la mayor parte de la escuadra en retirarse (3). Pero refería también el despecho de Catalina; su furor, dice, su deseo de venganza se manifiesta diariamente (4); sin embargo, Enrique III se resiste á la influencia de su madre y siente la necesidad de un desquite (5).

Pero la leccion no era aún suficiente para los Valois: con la misma ceguedad enviaron á las Azores una segunda expedicion tan débil como la primera y destinada fatalmente á la misma suerte. No es nada peligrosa, escribía Tassis (6); sólo son mil doscientos hombres.

Este refuerzo, sin embargo, habría podido acaso ser suficiente, si Antonio hubiera permanecido en Tercera con los treinta y siete navíos reunidos despues de la derrota (7); pero Miguel Vaez se jacta de haberle inducido á diseminar poco á poco estos barcos, como igualmente de los que llegaban de Inglaterra, á enviarlos á Europa (8); y á que él mismo abandonara luégo aquellas islas fieles para volver á su papel de pretendiente en París.

La isla Tercera quedó gobernada por el clero bajo la autoridad nominal de Manuel de Silva. Hácia esta isla navegaron la primavera siguientes

(1) Nardin, pág. 436.

(2) Ms. Bibl. nac. franc. 16108, fol. 132, Saint Gouard á la reina madre. Saint Gouard que recibió poco despues el título de marqués de Pisani, era padre de la marquesa de Rambouillet, la incomparable Artenice, y abuelo de Julia la Gran Preciosa.

(3) Ms. Arch. nac. K. 1560, pág. 82, Tassis al rey, 18 ag. 1582. «No se perdió sino el navío de Strozzi y otros dos... fué causa de la desórden no querer pelear 45 navíos.»

(4) *Ibid.* K. 1560, pág. 85, del 29 agosto.

(5) *Ibid.* K. 1561, pág. 18. «Va contradiciendo á la madre, por mas que ella le apriete.»

(6) Ms. Arch. nac. 1561, carta del 21 abril 1583.

(7) *Manifiesto*, pág. 61.

(8) Ms. Arch. nac. K. 1561, pág. 5. «Fuy desparciendo poco á poco estas fuerzas en persuadir al Señor Don Antonio que las debía dexar yr.»

te, casi al mismo tiempo, dos escuadras como el año precedente: la de los franceses, á las órdenes del comendador de Chaste (9), llevaba mil doscientos franceses y cuatrocientos ingleses (10); la de Felipe II iba mandada por el marqués de Santa Cruz y constaba de ciento cinco galeras, galeones, bergantines y pataches que llevaban á bordo doce mil hombres (11).

Los franceses no se presentaban esta vez como simples aventureros, sino que iban en comision real. Esta comision era casi tan deshonorosa para Enrique III como sus protestas de desaprobacion. Recomendaba á Chaste el real despacho que si encontraba á los navíos de las flotas que venian de las Indias ú otros, se apoderase de ellos y enviara á SS. MM. el oro y plata y géneros preciosos que trajeran (12).

Cuando Chaste desembarcó en la Tercera, el 11 de junio de 1583, las mujeres lo cubrieron de flores (13); pero un mes despues los soldados portugueses huían á vista de los españoles (14), abandonando en la playa cincuenta franceses con su capitán Bourguignon, que pelearon hasta morir. Los habitantes de la ciudad vieron entónces saltar en tierra á las compañías españolas, cuya disciplina era tan correcta, que no bien saltaban cuando se ponían en órden de batalla (15). En vano quiso Chaste acometerlos: desde el primer día perdió casi todos sus capitanes franceses, y no dándoles ya entrada en los fuertes los portugueses, tuvo que retirarse á la montaña.

Los fuertes que no acogieron á los franceses, muy luégo se rindieron á los españoles, que ocuparon la capital de la isla.—«Concedo á mis soldados tres días de pillaje, escribe el terrible marqués (16). Procedo contra los rebeldes y lo mismo será de los franceses, que abiéndoles hecho el castigo que el año pasado V. S. I. sabe, han querido volver.»

El comendador Chaste, aislado en la montaña, y hasta privado de agua (17), comunica á Santa Cruz sus órdenes de servicio firmadas

(9) Gobernador de Dieppe y primo del duque de Joyeuse.

(10) La presencia de los ingleses se indica por vuestro novel agente en Madrid, M. de Longlé, Ms. Bibl. nac. franc. 16108, fol. 166.

(11) Cabrera, tom. III, pág. 15.

(12) Ms. Bibl. nac. franc. 16121, n.º 1.º, Instrucciones á Chaste, del 6 de mayo de 1583.

(13) El parte oficial de Chaste se halla en Ms. Bibl. nac., Dupuy, tom. CXVI y fué publicado por Melchisedech Thevenot, *Relaciones de varios viajes curiosos*, tom. II, 4.ª parte, París, 1696.

(14) *Ibid.* El 23 de julio.

(15) Ms. Bibl. nac., Dupuy, tom. CXVI.

(16) Ms. Bibl. nac. f. esp. 466, fol. 35, Carta de Santa Cruz á Don Rodrigo de Castro, cardenal arzobispo de Sevilla.

(17) Nardin, pág. 460 á 475.—Cabrera, tom. III, pág. 18.

por el rey de Francia. «Y visto esto, dice Santa Cruz con despecho (1), los maestros de campo y toda la gente principal del ejército me pidieron con mucha instancia les hiciese gracia de las vidas, dándoles embarcacion para Francia.» Y añade: «He tenido que ceder: á dicha, ya había hecho ahorcar á algunos» (2). Su ferocidad hubo de satisfacerse con las miserias sufridas por aquéllos prisioneros: se les amontonó en tres barcas de Vizcaya con provisiones insuficientes, para una travesía que duró desde el 14 de agosto al 4 de octubre, «lo que fué causa de que la mayor parte murieran de hambre y de sed ó de flujo de sangre en medio del mar.» Cuando los sobrevivientes desembarcaron en Hendaya, fueron enviados á pié al través de los Pirineos y las Landas, y perecieron casi todos en el camino.

Esta nueva victoria sobre los franceses exaltó más y más el orgullo castellano. Santa Cruz fué recibido en triunfo, cuando volvió á Madrid. «Todos los magnates de esta corte, escribe el embajador francés (3), todos los grandes de España y de Italia, con toda la gente de honor, de capa y espada como ellos dicen, han salido á recibirlo como si fuera el restaurador de la monarquía.» No era el momento oportuno para pedir gracia en favor de los comerciantes franceses que estaban presos en los calabozos de la Santa Inquisicion ó amarrados al remo en las galeras reales; al contrario. «Había quince ó veinte franceses prisioneros en Lisboa, y se me avisa que estos días pasados han ahorcado siete de ellos. Es un trato muy cruel el que por todas estas costas y dentro de este reino se da á los franceses, peor que á turcos.»

No tardó mucho en comprender Catalina por qué cada una de las escuadras que enviaba era regularmente seguida por el marqués de Santa Cruz con fuerzas abrumadoras: en una carta de Tassis que pudo interceptar, encontró la explicacion del papel desempeñado por Miguel Vaez (4); Catalina hizo prender á este espía y con él á cierto Don Luis Cardona, y se les sometió á cuestion de tormento. Don Luis

(1) Ms. Bibl. nac. f. esp. 466.

(2) *Ibid.* fol. 36. Chaste cita entre los que intercedieron en su favor á Don Pedro de Padilla y Don Agustín Iñigo.

(3) Ms. Bibl. nac. franc. 16109, fol. 13, del 23 enero 1584. Longlé á Enrique III. Longlé reemplazaba á Saint Gouard desde setiembre 1583. (Véase 16108, fol. 139.)

(4) Ms. Arch. nac. K. 1561, pág. 127, Tassis al rey. «Ando tan temeroso de que se me pierda algun despacho que pueda dañar notablemente, como hice el que descifraron de que resultó la pérdida de Miguel Vaez.»

Cardona declaró que había recibido de Felipe II trescientos escudos para matar al pretendiente Antonio (5), y fué estrangulado en su prision (6). Vaez guardó silencio: el verdugo se encarnizó con él y le dió hasta catorce vueltas de cuerda.—Este es el que llamamos *Aurelio*, dice Tassis: me lo han entregado y lo envío á España muy estropeado.

Los ingleses se encargaron de demostrarnos cómo debía atacarse el poder marítimo de España sin empeñar una guerra general. En cuanto á Catalina, «estuvo extremadamente despechada» (7), pero bastante advertida para comprender por qué puntos era fácil atacar á España sin exponerse á desastres.—«Los Países Bajos, escribía el embajador al emperador (8), van á ser el teatro en que los franceses ejercerán su venganza.» Efectivamente, en Flandes es donde va á tomar la contienda toda su amplitud. «Ya ha deliberado Catalina tomar bajo su proteccion la plaza de Cambray, por prenda de sus pretensiones en Portugal.»

VI.—Segunda expedicion de Drake

Los ingleses se habían comprometido poco en las expediciones de las Azores (9). De todos los pueblos, los franceses son los que de mejor voluntad se dejan llevar á empresas sin provecho, á guerras de sentimiento, á arranques en favor de los vencidos y los desterrados. Los marinos ingleses querían de muy buena gana combatir los navíos españoles, pero pretendían también obtener ventajas; gustaban de las barras de oro y plata, de las especias raras, de las piedras preciosas, y sabían que para ganar la parte de las presas sólo había que atacar los convoyes comerciales, no las escuadras de guerra. Veían á los primeros aventureros casarse á su regreso con ricas viudas, comprar posesio-

(5) Ms. Arch. nac. K. 1561, pieza 109, Tassis á Idiaquez.

(6) *Ibid.* pieza 105, Tassis al rey.

(7) Villeroi á Matignon, *Corresp.* pág. 202.

(8) Busbecque al emperador, tom. III, pág. 104.

(9) Se ha referido, al contrario, que una escuadra inglesa había arribado á la Tercera con Strozzi y había emprendido la fuga antes de la batalla. Parece haberlo creído los españoles. El historiador Froisher (*Franck Jones*, pág. 181) no se atreve á afirmar que un héroe no hubiera mandado esta escuadra. Pero Vaez explica formalmente (Ms. Arch. nac. K. 1561, pág. 5) que determinó la partida de la escuadra de Bretaña antes de la reunion de los navíos ingleses. «La armada de Landernau y los navíos ingleses no eran juntos.» El conde de Vimioso declara por su parte (Ms. Bibl. nac. f. esp. 466, fol. 33 y f. Dupuy, tom. XV, fol. 43), en el momento de su muerte «que la reina de Inglaterra había nombrado un general para la escuadra que iba á llegar, y que se esperaban cuarenta navíos de Inglaterra. Sin duda son estos barcos los que Vaez hizo enviar á Europa, cuando aparecieron en las Azores, despues de la batalla. El hecho es muy importante: Felipe II creyó que su armada había vencido las escuadras combinadas de Francia y de Inglaterra y así se engañó completamente sobre el valor naval de los ingleses.»

nes y ocupar en la iglesia asientos distinguidos.

La codicia no era la única cosa que impelia á los ingleses hácia el mundo desconocido. Además de los sabios como Davis y Frobisher, acudían en tropel los que buscaban lo maravilloso, todos aquellos á quienes tentaban las expediciones al través de árboles gigantescos, en medio de indios que los acogían como vengadores, que les ofrecían frutos extraños, que les hacían dormir en sus campamentos bajo un cielo luminoso y entre los rumores de los millares de séres que se agitaban en aquella naturaleza rebosante de vida. Los que caían en manos de los españoles eran entregados á la Inquisición, ya establecida en América (1), ó encadenados al remo en las galeras. Así el odio del inglés contra el español, pagano á quien creía adorador de todos los santos, era excitado á la vez por el instinto de aventura, por la idea del peligro, por el sentimiento puritano y por el espíritu mercantil. En todos los mares encontraban los ingleses el pabellon de Felipe II, que acababa de arrostrarlos en Irlanda; grave amenaza «porque Irlanda tiene hermosos bosques y excelentes radas, y si los españoles llegaran á poseerlos, serían en poco tiempo señores de los mares, y el mar es nuestra fuerza; plegue á Dios conservárnosla (2).» España amenazaba expulsarlos de Virginia, como ya había destruido á los franceses en la Florida (3); los acechaba en el Mediterráneo para destruir su tráfico en el Levante: cinco barcos de comercio que volvían de Oriente fueron sorprendidos cerca de las islas Pantelarias (4) por trece galeras españolas que mandaba Don Pedro de Leiva. El comandante inglés, Edward Wilkinson, hace cantar los salmos á su gente, mientras toma su puesto de combate, «y los insensatos españoles invocan, según su costumbre, no al Señor, sino á Nuestra Señora, como llaman á la Virgen María, y exclaman: ¡Oh bendita Señora! dadnos la victoria!» (5). El combate dura cinco

(1) La Inquisición se estableció en México en 1574. Todos estos sentimientos de los marinos ingleses están pintados vigorosamente en la popular leyenda de Kingsley *Westward ho*.

(2) Lodge, *Illustraciones*, tom. II, pág. 231. Bawdewyn á Srewwsbury. «Ireland hatche very good tymbre and convenient havens, yf the Spaigniard might be master of them, he wold in short space be master of the seas, wich is our chiftest force, as i pray god it may continewe.»

(3) Greville y Raleigh fundaron en 1585 en Virginia establecimientos que abastecieron en 1586.

(4) Entre Scila y Africa. *Hakluyt, the Principal Navigations*, tomo II, 1.ª parte, pág. 285. No sé si hay otras ediciones que la de 1599. Esta admirable colección debería estudiarse por todos los marinos.

(5) *Ibid.* The foolish Spaniards cried out according to their manner, not to god, but to our lady, as they terme the virgin Mary, saying. O blessed Lady, give us the victory.»

horas: los ingleses, con la superioridad de sus fuegos y evoluciones obligan á las galeras á emprender la fuga y entran triunfalmente en Argel, llevando su cargamento á Plymouth, después de haber reparado sus averías.

Pero ya en las mismas radas de Galicia, una escuadra inglesa incendiaba los barcos de Santa Cruz (6).

Sir Francisco Drake había podido al fin organizar con su amigo Frobisher una expedición, á pesar de las indecisiones de la reina. Presentóse delante de Vigo, hizo que le restituyeran los ingleses que estaban allí presos, se apoderó del tesoro de las iglesias y quemó los navíos. Antes que Santa Cruz hubiera podido reunir el resto de su escuadra, había desaparecido Drake.

«Drake, refiere el residente francés (7), fué primero á las islas Canarias donde perdió algunos hombres que quiso echar en tierra... Fué luego á la isla de Cabo Verde donde puso en tierra hasta dos mil hombres, que saquearon cuanto había, destruyeron algunas iglesias y tomaron las mercancías y la artillería.» El 17 de noviembre, saqueaba á Santiago en las mismas islas de Cabo Verde y apareció en Santo Domingo tan de súbito que el presidente no pudo creer que iban como enemigos y se descuidó en armar las baterías. Santo Domingo tuvo que pagar un rescate de veinticinco mil ducados pagados en oro y joyas (8); fuera de esto, Drake «se hizo dueño del dinero del rey en cantidad de sesenta mil escudos y de diez ó doce barcos cargados de azúcar, cueros...» (9) y de todos los cañones. De allí fué á las costas de Nueva Granada y echó en tierra algunos marineros para sorprender á Cartagena. Escalaron las barricadas que defienden la ciudad bajo una lluvia de flechas envenenadas, y los ingleses penetran en Cartagena, mientras los habitantes huyen por el otro extremo á las montañas: Drake ajusta en ciento veinte mil escudos la salvación de la ciudad (10). Vuelve entonces costeano la Florida y se prepara á dar el asalto á los fuertes de San Agustín, cuando oye tocar la marcha de Orange: era un francés prisionero que había podido evadirse mientras los españoles evacuaban el fuerte y

(6) Ms. Bibl. nac. franc. 16109 fol. 117. Longlée, el 7 oct. 1585, copia la nota que lleva esta noticia de Santa Cruz.

(7) *Ibid.* 16110, fol. 8, del 15 febrero 1586.

(8) Herrera, tom. III, pág. 13; Cabrera, tom. III, pág. 177.

(9) Ms. Bibl. nac. franc. 16110, fol. 21, del 3 abril 1586.

(10) Ms. Bibl. nac. 16110. Longlée á Villeroy, fol. 56, del 11 septiembre 1586.

anuncia con su trompeta que la plaza está desocupada (1). Los establecimientos de la Florida corren la misma suerte que los de las otras colonias: Drake encontró en las arcas del rey Católico cincuenta ó sesenta mil escudos, y lo saqueó todo y todo lo arruinó, derribó el fuerte y cargó la artillería en sus barcos. Visitó los establecimientos ingleses de Virginia, y se trajo tabaco, los ducados de Felipe II y doscientas cuarenta piezas de artillería (2).

Ya estaba en Inglaterra y distribuía tranquilamente el botín, cuando llegó á Cartagena la escuadra española de socorro, compuesta de diez galeones á las órdenes de Don Alvaro Flores de Valles. «Se perdió una ocasión preciosa de precipitar más la partida de una escuadra» (3). El almirante había esperado en Cádiz la orden de salida por espacio de veinte días: «el rey estaba entonces de tal manera ocupado en las córtes de Monzon que ni sus minis-

tros se atrevían á importunarlos para la firma (4).

Los negociantes más ricos se arruinaron; la humillación, las pérdidas materiales, los desórdenes llevaron tal turbación hasta la corte que



Medalla con el retrato de Enrique III de Francia (Tamaño natural)

Felipe II se valió de un pretexto para desviar el pensamiento hácia festejos ruidosos (5).

Pero Isabel, como Catalina, se decidía á dirigir sus más fuertes ataques á los Países Bajos, y en el Norte van á hallarse coligadas momentáneamente las dos rivales de Felipe II.

CAPÍTULO V

LUCHA DE ALEJANDRO FARNESIO CONTRA GUILLERMO DE ORANGE

1578—1584

LA GRANDE ESCISION.—GUERRA CIVIL EN LOS PAISES BAJOS.—FRANCISCO DE VALOIS DUQUE SOBERANO DE BRABANTE.—DESCALABROS Y MUERTE DE FRANCISCO DE VALOIS.—MUERTE DEL PRÍNCIPE DE ORANGE

I.—La grande escision

Alejandro Farnesio, que había reemplazado á Don Juan de Austria como delegado del poder real en los Países Bajos, tenía treinta y cinco años, la nariz aguileña, los ojos vivos; á pesar de su semblante severo y frío, estaba dotado de sentimientos de humanidad y pudiera decirse de tanta bondad como le permitían la época y la vida de los campamentos: muy diferente también de sus demás contemporáneos por su integridad, se esforzó en impedir las exacciones, y después de quince años de poder absoluto en un país casi conquistado, no dejó nada en sus arcas; al contrario, hubo que vender sus muebles para pagar el transporte de su

féretro á Parma. Este hombre, moreno, pequeño de estatura, infatigable, fué adorado de cuantos lo conocían. Gustaba del lujo en el traje y tenía muy buen aire, sobre todo á caballo, y se mantenía descubierto con cierta afectación ante los simples soldados, para hacer olvidar á su amor propio nacional su cualidad de príncipe italiano. Se levantaba antes de amanecer y se jactaba de no comer más que para mantener la vida (6).

Había estudiado al lado de Don Juan de Austria á los adversarios de España. Sabía que no había que hacer caso del archiduque Matías, soberano nominal que se pavoneaba en medio de sus divinidades alegóricas y que se echó á llorar (7) al saber la primera expedición de Francisco de Valois.

De este, creía igualmente Farnesio que no

(1) Franck Jones, *Martin Frobisher*.

(2) Vuelve á Portsmouth el 28 de julio 1586.

(3) Herrera.

(4) Cabrera, tom. III, pág. 177 á 181.

(5) Ms. Bibl. nac. franc. 16110, fol. 26, del 28 abril 1586. Longlée á Villeroy. Eran estos festejos á propósito del nacimiento de la infanta Catalina duquesa de Saboya.

(6) Carlos Coloma, *las Guerras de los Estados bajos*, pág. 69.

(7) Antonio de Traos á Guillermo de Hesse, Col. de Groen Van Prinsterer, tom. VI, pág. 416.